ANDRÉS ORDÓÑEZ

De becas e ilusiones

CAPÍTULO EN LIBRO

Publicado en:

Diplomacia cultural, la vida

Eduardo Cruz Vázquez, coordinador

Universidad Autónoma de Nuevo León · Monterrey · 2020 · ISBN 978-607-27-1303-1

pp. 107·113

PDF de lectura · extracto de la edición publicada

De becas e ilusiones

Andrés Ordóñez

Académico, escritor y diplomático. Dirige el Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España

Para Alberto Vital, Enrique de la Vega y Toño Villegas, compañeros de viaje.

Tras la experiencia de la ocupación de la Embajada en Cuba[2] y de haber vivido *in situ* el penoso episodio del "comes y te vas", en 2003 regresé a México como director general de Asuntos Culturales de la cancillería. El secretario Luis Ernesto Derbez había dado marcha atrás al proyecto cultural de su antecesor, Jorge Castañeda, y reducido setenta y cinco por ciento el presupuesto del área. Además, había suprimido la dirección general del Instituto de México, pero sin asumir el costo político de hacer lo mismo con las sedes de dicho instituto en el exterior. La dirección general de Asuntos Culturales, además del recorte, debió absorber los institutos sin presupuesto.

Con la ayuda de Enrique de la Vega, coordinador administrativo, ajustamos el gasto. Aplicamos criterios estrictos en la selección de los apoyos y decidimos invertir la pirámide. Los recursos, tradicionalmente destinados a obsequiar los intereses de los grupos de poder del medio artístico e intelectual,

2 Vid. Andrés Ordóñez, "El asalto a la embajada", revista *Nexos*, 1 de abril 2002, México. (https://www.nexos.com.mx/?p=10384).

se alinearon con el proyecto de política exterior; privilegiamos a los creadores no consagrados de los estados de la federación y recuperamos el área académica de la dirección general. Para ello solicitamos a las direcciones políticas de la cancillería sus prioridades regionales y elaboramos un esquema concéntrico de acción: 1) Centroamérica y Caribe, 2) Sudamérica y Estados Unidos, 3) China, Japón y Corea. Reubicamos a los agregados culturales, pedimos a las representaciones en Europa buscar aportaciones en las empresas de su adscripción con intereses en México y viceversa, redujimos los montos de los institutos de México en Francia y España para reforzar los institutos en Belice y Costa Rica y asignamos, por primera vez, un apoyo económico específico para cultura a las representaciones en Latinoamérica. Asimismo, rompimos con las tradicionales guerras chichimecas de la cancillería con el Conaculta y con el Instituto Nacional de Bellas Artes. Acudimos a ellos, pusimos las cartas sobre la mesa y la respuesta no pudo ser más solidaria. En ese capítulo, mi gratitud a Jaime Nualart pronto se convirtió en enorme cariño.

No obstante, en el marasmo de vanidades en conflicto que es la administración cultural, la experiencia más entrañable radicó en el campo educativo. Al asumir la dirección general, llamó poderosamente mi atención el abandono del ámbito académico. Los años en Cuba me habían enseñado el impacto exponencial en política exterior de la oferta educativa y mi propia experiencia como estudiante me dejó claro el vínculo afectivo que produce la vivencia estudiantil. Así, en lugar de mantener el esquema de dos o tres becas por país, concentramos en una sola bolsa todas las becas financiadas por la cancillería para asignarlas según el esquema de prioridades geopolíticas.

De becas e ilusiones

Alberto Vital Díaz, académico de primer nivel quien tiempo después sería director del Instituto de Investigaciones Filológicas y luego coordinador de Humanidades de la UNAM, aceptó hacer una pausa en su carrera universitaria y hacerse cargo del área académica de la cancillería. Con base en su experiencia y conocimiento del mundo universitario, elaboramos un proyecto de becas para los países de menor desarrollo económico relativo de América Latina (Bolivia, Paraguay, Ecuador y Uruguay, entre otros). La idea era destinar las becas a posgrados de impacto inmediato en el desarrollo, impartidos como áreas de excelencia por universidades e instituciones públicas y privadas ubicadas preferentemente fuera de la Ciudad de México.

El proyecto lo comentamos con Miguel Hakim, subsecretario para América Latina y el Caribe. El planteamiento lo entusiasmó y ante nuestro comentario sobre la idoneidad de ofrecer estas becas también para estudios de licenciatura, Miguel tuvo la idea de fondearlo con un remanente que México tenía en la Organización de los Estados Americanos (OEA). Solicité a Enrique de la Vega una proyección financiera en la hipótesis de que las becas fuesen para estudios de grado. El resultado arrojó la factibilidad del proyecto siempre que abatiésemos los costos de matriculación y sustento. En tiempo récord, Alberto Vital tejió una consistente red de alianzas con el apoyo de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior; Miguel intercedió ante Derbez y obtuvo de él no solo la luz verde, sino la autorización para que el número de becas fuese el más grande de la historia diplomática mexicana: cien becas por país (ochenta para licenciatura y veinte para posgrado), con la expectativa de mantenerlas durante los siguientes tres años, es decir, hasta el fin de los estudios de los candidatos seleccionados.

Siendo la diplomacia un oficio en el que prima el contacto personal, la extraordinaria simpatía y calidez personal de José Félix Fernández Estigarribia, entonces embajador de Paraguay en México, determinó que fuese con ese país que iniciásemos la realización del proyecto. José Félix, apodado "El Mariscalito" por sus antecedentes familiares, por su estatura y por su enorme influencia en el gobierno paraguayo, fue el compañero de viaje ideal. Él había sido diputado y senador, canciller de su país dos veces y secretario general de la Asociación Latinoamericana de Integración, de modo que mucho entendía de política y de cooperación. Al mismo tiempo comentamos el proyecto con el embajador de México en Paraguay, Antonio Villegas, entrañable amigo e impecable profesional, siempre afable, ponderado y, algo poco frecuente en el medio diplomático, de inalterable modestia.

El menú académico fue transmitido por ambas embajadas de manera coordinada y el 13 de mayo de 2004, en conferencia de prensa conjunta, Toño Villegas y la ministra de Relaciones Exteriores de Paraguay, Leila Rachid, hicieron pública la convocatoria. La reacción no se hizo esperar. El mecanismo pactado a través de José Félix se puso en marcha de inmediato. En la primera etapa el gobierno paraguayo hizo pública la convocatoria y del total de candidaturas seleccionó quinientas. La segunda etapa implicó que Alberto Vital obtuviera del Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior, no solo la aceptación sino también la financiación, para que un grupo de técnicos viajara a Asunción a aplicar el examen de ingreso a las universidades mexicanas. Esa segunda etapa redujo a doscientos los seleccionados por el gobierno paraguayo. Para la tercera etapa Alberto Vital, su equipo y Enrique de la Vega se trasladaron a entrevistar a cada uno de los doscientos finalistas. En caso

de empate en términos meritorios, la preferencia la tendría el estudiante de menores recursos socioeconómicos.

El resultado fue espléndido cien estudiantes, hombres y mujeres, de primer nivel fueron seleccionados. El siguiente paso fue llevarlos a México. El traslado desde Paraguay salía en un ojo de la cara. Entonces propuse pedir ayuda al Estado Mayor Presidencial e intentar traer a los becarios en alguno de los aviones a su cargo. El presidente Vicente Fox autorizó el uso del avión presidencial para el efecto. El impacto en Paraguay fue fabuloso, ¡el gobierno mexicano enviaba el avión del presidente a recoger a sus jóvenes para llevarlos a estudiar a México! A la despedida de los estudiantes acudieron no solo familiares y amigos, sino también la canciller Rachid y el embajador de México acompañados de altos funcionarios del gobierno. La llegada al hangar presidencial en la Ciudad de México fue igualmente emotiva. Ver bajar a los chicos del avión con banderas mexicanas sobre los hombros y los rostros encendidos por la ilusión, producía la sensación de que la diplomacia tenía sentido. Al final, antes de retirarme, busqué al comandante de la nave, un militar con rango de general cuyo nombre lamentablemente no retuve, para agradecerle su ayuda. El general me contestó que había sido la misión más bella de su carrera.

El éxito del proyecto fue enorme. Dada la dimensión demográfica de Paraguay, muchísima gente tenía alguna vinculación con uno, con un amigo o con un familiar de alguno de los becarios. A finales de 2004 asistí a una reunión de comisión mixta sobre asuntos educativos y culturales en Asunción y tuve oportunidad de atestiguar ese éxito. Poco faltó para que hubiese una avenida Toño Villegas en Asunción, la simpatía y don de gentes naturales en Toño se habían potenciado

a raíz del proyecto y era uno de los embajadores más apreciados, respetados y escuchados en ese país. Al año siguiente, 2005, se volvieron a ofrecer otras cien becas en Paraguay y, además, se hizo la misma oferta a Bolivia y a Ecuador con igual resultado. El proceso de selección de los becarios era tan cuidadoso y preciso que, verdaderamente, de nuevo estábamos formando en México a la crema (y no económica) de las sociedades de los países beneficiarios.

Todo marchaba en orden. Enrique de la Vega mantenía un seguimiento puntual de los mecanismos de financiamiento de las becas y las cosas fluían sin sobresaltos. De pronto Derbez cobró gran interés por el Caribe anglófono. Jamaica fue incorporada al proyecto y, de nueva cuenta, gracias a la acción eficaz de Alberto Vital logramos un marco de colaboración con la UNAM a través del Centro de Enseñanza para Extranjeros, instancia universitaria encargada de la enseñanza de la lengua española y cultura mexicana a nacionales de otros países. Así se agregaron los costos de asistencia a los propedéuticos de idioma. Luego vino la extraña decisión de establecer una embajada residente en Santa Lucía y sin atisbo alguno de planeación, el ofrecimiento indiscriminado a países histórica y económicamente vinculados a la Gran Bretaña y a Estados Unidos como Granada y San Vicente y las Granadinas.

Pese al riesgo financiero que trajo consigo, abrir la oferta a esa área geográfica tradicionalmente lejana a nuestro interés, parecía manifestar una voluntad de expansión diplomática. Lamentablemente nunca fue así. Al tiempo se haría inteligible el fondo del repentino interés de Luis Ernesto en el Caribe anglófono. Previsor, a menos de dos años de finalizar el gobierno, se sintió con méritos para contender por la Secretaría General de

la OEA, pero sabía que su aspiración enfrentaría tres obstáculos fundamentales en la cantera de votos que para el efecto era el Caribe: la animadversión de Cuba, la antipatía del canciller de Brasil, Celso Amorim, en América del Sur y la alianza de este país con Cuba y la Venezuela de Chávez, factores insoslayables en la región caribeña. Entre otras cosas, Derbez optó por ofrecer becas a su paso. Al cabo de unos pocos meses, las señales de alerta se hicieron de alarma. Enrique de la Vega hizo una proyección financiera del proyecto. El resultado fue terrible, a ese ritmo no habría manera de sostenerlo dado que, en cada país, a los cien becarios de cada año habría que agregar los tantos de los años anteriores.

El fin de la historia ocurrió cuando, desconocedor en ese momento de la ambición de Derbez, expuse a puerta cerrada la imposibilidad del proyecto si la oferta seguía creciendo "a tontas y a locas". Luis Ernesto montó en cólera. En el acto me espetó que, por no ser capaz de administrar las becas, el proyecto pasaría a manos de una de las funcionarias presentes, la cual ipso facto palideció. El proyecto de becas había devenido en un instrumento electoral. En el primer círculo de la cancillería no faltó quien hiciera leña del árbol caído. Finalmente, gracias a la mediación de Miguel Hakim se me despachó al exterior en condiciones honorables, lo cual marcó el fin de mi incursión en los asuntos culturales y educativos del aparato diplomático mexicano.

Madrid, invierno de 2019.